

<http://gregoryzambrano.wordpress.com/>

LOS CLÁSICOS Y LA ALBORADA DEL PENSAMIENTO EMANCIPADOR

Gregory Zambrano

(Prólogo a Mariano Nava Contreras, *Envuelto en el manto de Iris. Humanismo clásico y literatura de la independencia en Venezuela*, 2ª ed., Mérida, Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones, 2010, pp. 13-22).

Replantear nuevas rutas para explicar los diversos campos del saber que rodearon la gesta emancipadora, implica necesariamente estudiar las causas de las rupturas de los patrones sociales, políticos, económicos y culturales que habían sostenido la Colonia a lo largo de trescientos años. Las transformaciones que se impusieron después de 1810 reclamaron otras formas de interpretación de la realidad para afianzar los nuevos poderes. Para concebir y explicar lo que vislumbraba una revolución como tal fue necesaria también una renovación del lenguaje y de las formas expresivas.

“Lingüística, filosófica, religiosa, la emancipación venezolana se libró en campos disímiles e ignorados”, sentencia Mariano Nava Contreras al cerrar el capítulo introductorio de su indagación *Envuelto en el manto de Iris (Humanismo clásico y literatura de la Independencia en Venezuela)*.

El libro hace un recorrido puntual por los registros documentales y bibliográficos que permiten comprender cómo fueron las polémicas desarrolladas por las órdenes religiosas en los siglos XVII y XVIII; así también las orientaciones políticas y filosóficas pero sobre todo, cómo se expandió por buena parte del territorio de la Capitanía General el interés por el estudio de la lengua latina y la dialéctica de las diversas escuelas filosóficas, desde los claustros religiosos hasta la

incipiente institucionalización de la educación, que luego se ampliaría en los colegios religiosos y las universidades.

La curiosidad intelectual

La vieja Capitanía General de Venezuela, según reconocen los historiadores de la cultura y las ideas, acogió el interés de una élite letrada en la circulación de doctrinas, leyes y compendios científicos. Muchos libros llegaron entonces provistos de legalidad, gracias a la gestión de las órdenes religiosas. Así también, para que ingresaran otros, fue necesario superar los obstáculos de la censura y el control de las instituciones coloniales. Buena parte de ese bagaje libresco burló las aduanas y llegó procedente no desde los grandes puertos europeos sino desde las pequeñas islas, posesiones de ingleses y franceses en el mar Caribe.

Las élites intelectuales de la Capitanía General, principalmente de Caracas, accedieron a la filosofía, la teología, los cánones y por supuesto las ciencias naturales mediante obras escritas en la lengua latina. Aquella ciudad que obtuvo resonancia como la cuna de muchas ideas levantiscas fue acaudalando un ideario independentista que se consolidó con el correr de los años. No hubo, pues, azares sino una paciente maceración de ideas. Por supuesto que no todo fue una adaptación pasiva de tales ideas y disciplinas sino un aliciente que se nutrió de un ideario propio —producto de las necesidades específicas del entorno y el momento— pero, sobre todo, representó un entramado doctrinario que fue leído y asimilado de manera crítica.

Este aspecto es detalladamente descrito en este estudio cuya tesis principal, si pudiéramos entresacar una dominante, consiste en dilucidar de dónde provinieron los alientos humanísticos de hombres tan influyentes como Andrés Bello, que había bebido de las fuentes del ideario del padre Cristóbal de Quesada, un librepensador que fue el más importante latinista de su tiempo. Bello desde muy joven aprendió el latín. Se cuenta que a los quince años mostraba en público su competencia como traductor y que posteriormente estudió el griego llegando luego a ser profesor de ambas lenguas. La formación clásica de Bello propició la riqueza

de su expresión y su originalidad, la cual alcanzó sus principales logros en el campo de la poesía.

Así que la pasión por la lectura de los clásicos griegos y latinos por parte de aquellos primeros venezolanos no fue una simple moda —como bien lo subraya el autor del ensayo— sino una viva asunción de diversas fuentes de saber cimentadas en una lenta acumulación de años, y apoyadas por la existencia de bibliotecas que para su tiempo eran considerablemente ricas en libros y documentos y, sobre todo, poseedoras de volúmenes fundamentales escritos en griego y latín.

Andrés Bello, Francisco de Miranda y Simón Bolívar

Andrés Bello, escritor de textos clásicos y Francisco de Miranda, lector y coleccionista de obras clásicas. Dos búsquedas para encontrar el mismo fin, que se sustenta en la idea de libertad que ambos alimentaron. Así como Bello representa la suma del interés en el aprovechamiento de la herencia cultural del pasado, rehaciéndolo con nuevas y originales aportaciones, Miranda representa al hombre de acción, el ejemplo de la creatividad puesta al servicio de un ideal. Para ambos el acompañamiento de los clásicos griegos y latinos fue fundamental. En el caso de Andrés Bello tal formación decantó en un temple más reposado y contemplativo, que lo llevó a consolidar instituciones duraderas, y para Miranda fue un impulso vitalista, el cual llenó su tránsito de aventuras y riesgos que sólo pudo detener la prisión de La Carraca.

En ese contexto, el abordaje de las raíces clásicas presentes en discursos, cartas, proclamas y documentos de Simón Bolívar conjugan esa voluntad de aprendizaje y confirman la manera tan efectiva como influyó la formación intelectual puesta al servicio de unos ideales, que más allá de lo político implican también una postura ética y moral. Esto funciona de manera múltiple en esa triada de aventajados connacionales. Los testimonios que existen acerca de las lecturas que ayudaron a consolidar sus respectivos procesos de formación intelectual, son referencias que permiten afirmar la importancia del conocimiento de la tradición clásica. El aprovechamiento amplio y dinámico de la razón ilustrada, muestra

también el caudal cultural de la época, que tiene en esos tres venezolanos excepcionales un ferviente ejemplo.

El autor busca, por diversas vías, demostrar la presencia explícita e implícita de aquella tradición. Esta búsqueda alimenta la tesis de su estudio y aviva sus interpretaciones mientras lo lleva a rastrear en documentos, cartas y un conjunto significativos de escritos literarios las trazas de esa herencia, para explicar cómo aquel conocimiento ayudó no sólo a confeccionar una discursividad que se patentiza de manera pragmática en un pensamiento destinado a crear conciencia, sino que sustenta la prédica ideológica que contiene los aspectos doctrinarios que finalmente va a desencadenar la acción política y militar. Pero también expresa de manera germinal cómo fue que aquel ideario también devino fuente de un imaginario social que se nutre de símbolos, y que habría de construir la perspectiva gloriosa de los actores de la gesta emancipadora convertidos en los héroes de la patria.

En el caso de Bolívar, específicamente, sus cartas a José Joaquín de Olmedo a propósito de su poema *La Victoria de Junín* (1825), el único poema épico americano, exhiben sus conocimientos de la estética de Horacio y la preceptiva de Nicolás Boileau. En estos textos se apoya el acercamiento irónico del Libertador ante el evidente intento del poeta por construir el imaginario heroico y por ende glorioso del protagonista-vencedor. Así también su propia composición “Mi delirio sobre El Chimborazo”, muestra diversos elementos tomados tanto de la mitología como de la retórica, adicionando elementos propios de la ambigüedad literaria que se plantea al desdibujarse las fronteras entre el sueño y la vigilia. Mención aparte merece el ordenamiento que subyace en sus piezas oratorias, principalmente en el “Discurso de Angostura” (1819), donde funcionan implícitamente las partes fundamentales de la retórica clásica para comunicar de manera efectiva el mensaje. Por ejemplo, tratándose de un discurso *deliberativo*, mediante la elocuencia (*elocutio*) elige y dispone las palabras de manera tal que impacten al auditorio y le permitan convencerlo sobre la necesidad de la justicia; ésta es una de las matrices ideológicas que sustenta y justifica el contenido de todo el discurso.

La expresión popular se hace poesía

Muchos son los testimonios escritos que dan cuenta del ingenio popular en los años terribles de la guerra de independencia. Madrigales, sonetos, décimas, redondillas, coplas muestran el pulso de las confrontaciones, y expresan tanto el lado patriota como el realista. Los hombres que animaban los cambios, los líderes de los ejércitos, pero también las autoridades coloniales, el rey de España y sus representantes eran el blanco de las ironías, las burlas, los sarcasmos y petitorios. Eran composiciones volanderas que no pretendían alzarse con los laureles de una escritura docta; eran palabras que buscaban un efecto inmediato, pasquinadas y humoradas que incitaban la reflexión, resaltaban la crueldad de la guerra o simplemente buscaban provocar una sonrisa irónica. Estas composiciones fueron principalmente anónimas; de estructuras fáciles para que fuesen memorizadas, logran explotar el poder de la oralidad. La mayoría era compuesta no por poetas de oficio sino, muchas veces, por los soldados mismos, quienes las difundían en los cuarteles o en los campos de batalla, y por otros ciudadanos que estaban en las provincias azuzando las conciencias. Muchos de esos escritos amanecían pegados en las puertas y en los muros de las ciudades, cuando no directamente en las fachadas domiciliarias de los aludidos, funcionarios públicos y gobernantes.

De todo este proceso expresivo, que de alguna manera coadyuvaba a soliviantar los ánimos da cuenta también el ensayo de Mariano Nava Contreras, amparándose en los estudios de antecesores, que parten de las recopilaciones de Arístides Rojas, José E. Machado y Lubio Cardozo. Estas recopilaciones documentales pusieron en orden parte de ese amplio conjunto de papeles que ofrece el testimonio vivo de aquellos días de intensas confrontaciones y debates en busca de nuevos caminos. Son años de definiciones nacionalistas, que tuvieron lugar en distintas ciudades y pueblos de Venezuela. La expresión es dialéctica y permite apreciar tanto aquellas voces que apuntaban hacia el republicanismo democrático como las que defendían, utilizando los versos como instrumentos de disuasión, la preeminencia del poder español.

Pero también aquellas composiciones de mayor aliento artístico —como en el caso del *Poema* de Gaspar Marcano, o las *Memorias* de José Antonio Páez y Rafael Urdaneta— dejaron clara la vocación de sus autores por el dato erudito y las referencias explícitas a los modelos clásicos que perviven en los poemas homéricos y en la mitología griega. Esto también está presente en los textos divulgados de manera oral, destinados a un sector de la población no necesariamente considerado como parte de las élites intelectuales, sino más bien asimilados por las masas populares. Con ejemplos elocuentes, el autor deja claro que el proceso de la guerra —heterogéneo y lleno de contradicciones— tuvo distintos puntos de inflexión: desde el canto entusiasta que alienta el combate, muy presente en los primeros años de la guerra, hasta la manifiesta sensación de hastío por lo que representaban el desorden y el caos reinante en las ciudades y campos, después de varios años de combates, e impregnados con el olor de la muerte. Mucho antes de terminar el proceso bélico se percibe el cansancio y se enarbola la bandera de la paz para el necesario ordenamiento de la nueva república, y la reconstrucción de la patria.

Una filosofía ilumina el camino

El recuento de esta indagación decanta en una de las tesis más arriesgadas del libro: la presencia del pensamiento estoico en algunos de los ideólogos de la independencia. Más allá de la influencia de los pensadores de la ilustración, harto perseguida por los estudios históricos, el enfoque va más bien por el camino filosófico y filológico para encontrar las huellas de Zenón de Citio, Cleantes de Assos y Crisipo de Solos, divulgados por Séneca y Cicerón. Entre algunos de los postulados del estoicismo se encuentran la práctica de la virtud y la búsqueda agónica del conocimiento. El autor demuestra cómo en el famoso precepto bolivariano de “moral y luces” arraiga el testimonio fehaciente de estas orientaciones.

La conspiración de Manuel Gual y José María España representa indiscutiblemente uno de los antecedentes fundamentales de las luchas independentistas en Venezuela. Las motivaciones son estudiadas por el autor

guiándose por el inventario de libros contentivos del pensamiento ilustrado que existían en las bibliotecas en las cuales Gual y España tuvieron contacto con el *republicanismo ciceroniano*. Al igual que la participación política del jurista Juan Germán Roscio, quien prefirió la muerte amparado en el conocimiento de las leyes y en el poder de la razón antes que en el abrupto camino de las supersticiones, que —como bien había estudiado— propiciaron la derrota de Marcos Licinio Crassus en la batalla de Carrhae.

La tradición clásica está en el origen del pensamiento revolucionario de la independencia, al igual que los elementos de la retórica, que aparecen funcionando en los más importantes discursos y manifiestos de la época. Estos dan cuenta de lo significativo que fue el conocimiento y estudio del pensamiento político de la antigüedad, sustentado también en un basamento persuasivo y manipulador de las partes constituyentes de la retórica. Son evidentes las orientaciones efectistas que acompañaron en aquella época tanto la oralidad expositiva como la documentación doctrinaria.

La verdad de las palabras

El estudio de Mariano Nava Contreras contiene atinadas sugerencias para un recorrido detallado sobre lo que significó el impacto de la tradición clásica en el pensamiento político de la emancipación venezolana, y en muchas de las formas de expresión que tuvieron en los géneros literarios cultivados sus efectivos canales de comunicación.

Queda demostrado con rigor documental y discreta erudición, cómo se fue dando el proceso de formación intelectual de algunos ideólogos de la independencia. No sólo las obras literarias clásicas de la cultura greco-latina sino el estatuto lingüístico y el poder de la *institutio oratoria*, sustentan los proyectos del republicanismo romano cuya adaptación a la nueva realidad hispanoamericana supo darle cauce a un nuevo orden socio-político. Éste se amparó en el componente mestizo que impulsó el motor de los días en aras de transformar el orden reinante. No fue simple adopción ni calco de modelos sino un verdadero basamento

ideológico producto del compendio de ideas que cimentaron nuevas leyes que a la larga —como lo creyeron en su momento— ayudarían a hacer posibles los sueños del republicanismo, amparados en la idea de justicia como garante indispensable de la libertad.

La reaparición de este libro es propicia en el marco de las celebraciones por el bicentenario de la independencia venezolana. *Envuelto en el manto de Iris (Humanismo clásico y literatura de la Independencia en Venezuela)*, ayuda a aclarar en mucho la “opacidad” que caracteriza la coyuntura emancipadora, y remueve la pátina del tiempo que ha caído sobre las ideas que hicieron posible ya no sólo el proyecto independentista sino la formación de las instituciones republicanas con base en las utopías de los libertadores.

Mérida, diciembre de 2009.